

Introducción

EL viaje que se relata en estas páginas lo hice en el verano anterior a la Gran Guerra, y aunque el registro de mis impresiones y la historia de mis aventuras estaban completamente escritos en mi diario de ruta y en los artículos que envié al periódico *The Times*, había pensado posponer la publicación de mi libro hasta algún momento más tranquilo después de la guerra. Pero los días pasan, y nos estamos acostumbrando a vivir en estado de guerra; la guerra se ha convertido casi en una condición normal de la existencia. Al principio no podíamos hacer otra cosa que considerar los hechos de la gran disputa de las naciones y las hazañas de los ejércitos. Por el momento, la guerra parecía ser nuestra vida, nuestra cultura y nuestra religión. Sin embargo, las cosas han cambiado. La guerra empezó a oprimirnos, pero ahora nos está dando mayor libertad. Nos hemos interesado más por la vida doméstica de nuestros aliados, por las perspectivas de la «posguerra» en Europa, por el futuro de nuestro Imperio británico y del mundo en general. La guerra nos ha dado una mayor conciencia, y nos hemos vuelto, como dicen algunos, «continentales». En cualquier caso, somos mucho menos insulares. Francia y Rusia se han convertido en lugares reales para el hombre de la calle, y el relato que hace de ellos es más creíble. Incluso nuestro campesino puede decir dónde está Galípoli, Mesopotamia, Egipto, Salónica, Bulgaria, Serbia, aunque, de hecho, con frecuencia he oído referirse a esta última como Siberia. «Mi hijo se ha ido a Si-

beria», dice un paisano; «es un lugar frío». Nuestra imaginación va más lejos, y los jóvenes de todas las clases piensan en hacer viajes lejanos cuando termine la guerra. No estamos menos interesados en otras cosas, sino más; sólo menos interesados en la vieja y sofocante vida comercial e industrial de la época anterior a la guerra, de las habitaciones mal ventiladas, los horizontes circunscritos, la aburrida rutina. Se abren nuestros horizontes, todos los corazones tienen mayores esperanzas, y lo que nos conmueve se convierte en algo muy poderoso. Leemos más, leemos mejor y, entre otras cosas, pensamos más en países extranjeros, en imperios, en climas lejanos. La guerra, que ha unido a tantas naciones, ha despertado la imaginación. Ha mezclado nuestros temas de conversación y ha enriquecido nuestra vida con nuevos colores, nuevas ideas. Así que, tal vez, el relato de este viaje y mis impresiones sobre una interesante, aunque remota, porción del imperio del zar no vengan mal ahora. Además, durante la guerra se han aclarado muchos problemas, especialmente los del Imperio británico, aunque no por ello resueltos del todo, y creo que un estudio de una vasta extensión del Imperio ruso, y de sus problemas y su futuro próximo, no puede sino ser útil.

Entre las cartas que me ha enviado el *Times*, hay una escrita sobre un artículo que se ha convertido en un capítulo de este libro:

Desde que era niño y me empapaba con la lectura de *Las mil y una noches*, nunca me había sentido tan cautivado hasta que leí un artículo suyo titulado *Hacia el Turquestán*, que apareció en *The Times* hace mucho tiempo (¿el pasado mayo?). Soy un viejo y cansado recluso. Llevo más de sesenta años leyendo. Estoy muy extinguido, pero mi desierto también floreció con sus rosas.

Un encanto inefable emanaba de las rosas (creo que debían de ser del tipo negro-rojo). Extrañas figuras, ricas vestimentas, todo solemnizado, por así decirlo, por un glamour crepuscular hecho de influencias mágicas. Todo tan real, pero remoto. Repito, nunca me habían llevado tan lejos desde que era niño. Había otro artículo que recorté y perdí... pero no lo valoré como valoré el artículo de Turquestán, donde figuras a la vez extrañas y dignas te saludaban y te despedían con rosas. Y el atardecer las empapa de una bruma dorada. Y todavía se mecen allí mientras el viajero que las ha hechizado en su escritura prosigue su camino...

He imprimido esta carta porque fue muy emotivo tenerla y me conmovió. ¡Qué las rosas vuelvan a florecer!

Estoy en deuda con los editores de *The Times* y *Country Life* por el permiso para volver a publicar partes de este libro previamente impresas en sus columnas, y con *Country Life* por el permiso para reproducir las fotografías. Para estas fotografías, excepto las relativas al Altái, estoy principalmente en deuda con el profesor de francés de la Escuela Militar de Tashkent y con señor Drampov, de Biskek. Hay que obtener un permiso especial para entrar en el Asia central rusa y, como yo iba a pie, la posesión de una cámara fotográfica podría haber dado lugar a sospechas de espionaje militar. Así que hice que me enviaran la cámara a Semipalátinsk*, que está en Siberia, y sólo la utilicé en la parte siberiana de mi viaje. Mi agradecimiento también al señor Wilton, el cortés y hábil corresponsal de *The Times* en Petrogrado†, que me consiguió el permiso para viajar por el Asia central rusa.

Stephen Graham.

* Semey.

† San Petersburgo.

I

Salida de Vladikavkaz

A principios de la primavera de 1914 caminé una vez más hasta el monte Kazbek. En realidad era demasiado pronto para hacer senderismo, hacía demasiado frío, pero fue en este viaje cuando decidí cuál debía ser mi verano. Una vez que te has convertido en el compañero del camino, este te llama una y otra vez. Incluso en invierno, cuando tienes que caminar a paso ligero todo el día, y no puedes sentarte en ningún banco de tierra o árbol caído para escribir un poco o descansar, y cuando no puedes dormir fuera y sólo tienes la perspectiva de congelarte en algún miserable café o posada; el camino sigue estando frente a la puerta de tu casa, lleno de encanto y misterio. Quieres saber adónde conducen los caminos y qué puede haber en ellos más allá de la tenue línea azul del horizonte.

Estamos en marzo y salgo de Vladikavkaz por la carretera georgiana, pero sólo en un viaje de cuatro días hasta el monte Kazbek y vuelta. De hecho, el camino más allá está probablemente atascado por la nieve, y no se puede avanzar más. Pero ya veré cómo se presenta el año en el Cáucaso.

La quietud de la mañana, un silencio circundante. Una conciencia del silencio en lo profundo del espacio. Cinco kilómetros de carretera llana, de color marrón, se extienden rectos desde la ciudad en las estepas hasta la pared oscura y vacía de las montañas. Más allá de la pared negra y por enci-

ma de ella están las cordilleras superiores cubiertas de nieve, y sobre todo, casi fundiéndose en el azul profundo del cielo caucásico, las laderas relucientes y húmedas de hielo de la cúpula del Kazbek. El sol preside el día, y como muestra personal quema la frente, aunque los pies pisen parches de nieve crujiente en las orillas amarillo-verdosas del páramo. No hay lagartijas tomando el sol, ni insectos al vuelo, ni flores: ni una mora, ni una prímula, ni una campanilla de invierno. Sólo pequeñas bandadas de lúganos surgiendo inesperadamente de huecos bañados por el sol como si fueran saltamontes gordos. Apenas una ocasional hoja marrón loca que corretea sobre la hierba marchita caída. Hay una bruma sobre los bosques plumosos de las colinas, pero ningún pájaro canta. La naturaleza, que casi puede describirse en negación, muestra tan poco de su gloria, que hace que el corazón duela aún más.

Picapedreros persas, martillo en mano, sentados en esteras junto a los montones de rocas; carretas primitivas que avanzan pesadamente con sus cargas de margas o paja de maíz o hielo; jinetes que parecen centauros por sus grandes capas negras que unen la cabeza y los hombros a los pequeños caballos caucásicos; esa es toda la vida en esta estación del año de la única gran carretera sobre las montañas, la gran carretera militar de Vladikavkaz a Tiflis. No hay coches de motor, ni tranvías, ni carruajes ligeros con la alta burguesía dentro, ni trenes.

Al detenerse en un montículo soleado para almorzar, se oye a cien metros de distancia el río Térek como el sonido de un viento en el bosque, la impetuosa corriente fluye entre costras blancas de espuma helada y se baña de verde contra los peñascos coronados de hielo. Durante cien kilómetros el camino es el del valle del Térek. Pasa el río Redant y luego se

convierte en el compañero visible del río, serpenteando con él entre la grandeza primitiva de sus rocas. El Kazbek comienza a desaparecer, oculto por su barrera de acantilados, su «kremlin»; pero durante más o menos un kilómetro, su casquete nevado permanece a la vista sobre los grandes riscos desiguales y dentados. Los humos azules de la aldea de Balta y el valle de tejados rojos del Dálin se elevan en el cielo de la tarde. La carretera se adentra en la escalofriante sombra del desfiladero de Yérajov, y uno mira con pesar hacia atrás, a la roja franja iluminada por el sol que queda a sus espaldas. El río Térek, enmarcado por el blanco de la nieve, se mueve en una gran curva a través de un amplio desierto de piedras y nieve. Una gélida corriente de aire de montaña se cuela por la hendidura de las frías rocas grises. En la carretera desierta, los postes y cables del telégrafo adoptan esa expresión siniestra que tienen en las vastas y solitarias extensiones montañosas. La abertura por la que se entra en el desfiladero se convierte en un triángulo púrpura, y muy por encima de uno, resplandece la montaña de la Mesa, iluminada por el sol y de color tabaco.

El camino se estrecha. Por un lado, el río ruga entre rocas cubiertas de hielo; por otro, el cieno negro gotea y susurra continuamente. El tenue carmesí de la puesta de sol ilumina las marchitas torres de Furtog, y luego, una a una, las estrellas amarillas salen como lámparas sobre las paredes de las montañas.

Hay tres posadas entre Vladikavkaz y la montaña de Kazbek. Me quedé en la segunda, en Larse, y cené con unos treinta georgianos, osetios y rusos, obreros de la carretera y viajeros fortuitos. Aquí oí muchos rumores sobre el destino comercial de la carretera militar, sobre el túnel de treinta kilómetros que hay que excavar, sobre el inglés llamado

Stewart, el «Jefe del Térek» (*Josaín Tereka*) que tiene el contrato para abastecer de electricidad a todo el Cáucaso, que hará o no hará una central eléctrica a la sombra del castillo de la reina Tamara, que necesita una cascada artificial de seiscientos metros de altura.

—Pero el proyecto se ha enfriado —dije yo.

—Quedará en nada —replicaron los montañeses—, hace diez años que se habla de estas cosas, pero nada ha cambiado, salvo que nos hemos empobrecido.

Pero el posadero es optimista:

—Llegará. Habrá un tranvía de la ciudad hasta Kazbek. Los tranvías pasarán por delante de mi puerta. Tendremos luz y cocina eléctricas, y nos haremos ricos.

Permanecimos los treinta en una habitación toda la noche. Rusos de cara cuadrada, amables y sociables, vestidos con blusas; georgianos y osetios altos, de aspecto romano, con largas capas, puñales en sus ceñidas cinturas y altos sombreros de piel de oveja en la cabeza. Comían con voracidad pan, queso e hígado de cerdo negro, metiendo los restos en los sacos de sus capuchas de invierno, gente asombrosa a la vista, estos caucásicos; aunque medio muertos de hambre, eran de gran estatura y fuerza de hierro, con cabezas finas, anchas e inteligentes, cejas profundamente delineadas y astutas, narices largas, aguileñas y en forma de pico. Serían espléndidos soldados, pero no tan buenos «soldados de la industria». Es un pueblo que suele fracasar cuando va a América. Todos conocían a hombres que habían ido allí y habían regresado con historias de desempleo o explotación. Casi ninguno de ellos tenía una buena palabra que decir de América. Todos, sin embargo, esperaban con impaciencia el momento en que el Cáucaso se desarrollara al estilo americano y se llenara de prosperidad occidental. Dormimos en

las mesas de la posada, en la barra, en los huecos de las ventanas, en los formularios, en los sacos del suelo; la lámpara de queroseno estaba a baja potencia y casi todo el mundo roncaba.

Nos levantamos todos antes del amanecer, y acompañé a un molinero osetio que buscaba pedernal para su molino, y entramos en el desfiladero de Darial mientras las estrellas se oscurecían en el cielo. Era una brusca mañana invernal, y a medida que el camino ascendía y se estrechaba, el viento era penetrante. Las rocas goteantes del verano, donde a menudo había hecho mi té matutino, estaban ahora envejecidas por el invierno, y tenían mechones de pelo gris colgando de largos carámbanos y espesas marañas de hielo. Los arroyos y cascadas que caían precipitadamente eran escalones de mármol helado desde el Térek hasta la cima de la montaña.

Entramos en el desfiladero por el pequeño puente rojo que, como un tirante, une las dos orillas del río en su punto más estrecho. Las estrellas desaparecieron. En alguna parte estaba saliendo el sol, pero su luz sólo se veía en el cielo tan lejano. Contemplamos la ruina verde y primitiva de la naturaleza, los peñascos rojos, marrones, grises y verdes de Darial en su variada inmensidad y diversidad de formas, los vastos desiertos de guijarros y cantos rodados, los adamantinos hombros de pórvido, las frías y pesadas inmensidades de roca sostenidas sobre el atrevido sendero, los remolinos del río que saltaban como tigres sobre las cornisas centrales entre los reductos de hielo.

Mi compañero osetio cogió varias piedras y las golpeó con su daga para ver lo bien que chispeaban y, habiendo encontrado aparentemente lo que quería, aceptó que lo llevaran en un carro tirado por bueyes y regresó a la posada de Larse. Quizá hacía demasiado frío para él. Caminé hasta

el acantilado cuadrado de Tamara y el diente de la muralla del antiguo castillo, donde la reina Tamara agasajaba a traición a los forasteros, haciéndoles el amor y dándoles un festín, para luego mandarlos a asesinar; el castillo donde una vez llegó el diablo disfrazado de tan desafortunado vagabundo: el escenario de la historia del *Demonio* de Lérmontov.

Esto fue una vez la frontera de Asia, y el país romántico de un orgulloso pueblo luchador. A día de hoy, a pesar de los proyectos ferroviarios y de la esperanza de que el río proporcione electricidad al Cáucaso, el castillo de la reina Tamara sigue siendo casi lo más nuevo. Es moderno al lado de la antigüedad y majestuosidad de las ruinas naturales. Aquí el mundo real parece sobresalir a la luz del día a través del verde césped y la tierra alfombrada de flores, golpeándonos terriblemente, como la aparición de Dios Padre saliendo de las enramadas del Edén. Uno se siente en presencia de algo incluso más antiguo que la propia humanidad, y se pregunta qué diferencias notaría si, con las galochas de la Fortuna en los pies, pudiera transportarse mil años atrás, dos mil, tres mil, y así sucesivamente. ¿Qué opinaban de esto los antiguos? Sostenían que fue en el monte Kazbek donde Prometeo fue atado como castigo por robar el fuego del cielo. ¿Fue eso lo que dijeron la primera vez que alcanzaron temerosos las llanuras del norte?

¡Un camino antiguo! Y a su vuelta, la puerta del «Krem-lin» de Darial, y el imponente Kazbek elevándose hacia el cielo en su interior. He aquí una de las regiones más maravillosas y románticas del mundo. Pero no fue para ver el Kazbek por lo que hice este viaje, sino para encontrar de nuevo cierta cueva donde años atrás encontré a mi compañero de camino, el lugar donde vivimos y dormimos a la orilla del río. Estaba allí como lo dejé, familiar, tranquilo, a la orilla

del río, brillando al sol del mediodía, y las rocas de granito sostenían hilos y perlas de hielo, los pendientes de las rocas. Y me hubiera gustado volver a encontrarme con mi compañero. Pero el cielo sabía bajo qué parte de su dosel vagaba entonces el vagabundo. Sentí nostalgia de volver a caminar y decidí que, en cuanto desaparecieran la nieve y el hielo, emprendería el camino.

Y así, habiendo cambiado la estación, y los fríos vientos y lluvias de la primavera dando paso al verano, tomo el camino una vez más hacia un nuevo país. La estación cambia realmente cuando es posible dormir cómodamente a la intemperie. Este año me adentro en las profundidades del Oriente ruso y, además de vivir las aventuras del camino, continúo mi estudio del orientalismo y el occidentalismo en el imperio del zar. Viajo en tren hasta Tashkent, la última parada del ferrocarril, y luego sigo la carretera, con mi mochila a la espalda, a través de los desiertos más allá del río Sir Daria y la tierra de los Siete Ríos, hacia los límites de la Tartaria china y el Pamir, y luego a lo largo de la frontera china, hacia el norte, hasta las montañas de Altái y las estepas del sur de Siberia. Se trata de un viaje largo y nuevo —nuevo para la experiencia inglesa— porque, hasta nuestra entente con Rusia, los celos mutuos en torno a la frontera india hacían extremadamente difícil que el Gobierno ruso permitiera a los ingleses observadores y aventureros deambular como yo pretendo hacer. De hecho, incluso ahora puedo ser detenido y devuelto desde algún lugar desamparado a mil kilómetros de una estación de ferrocarril, y entonces, tal vez, el silencio pueda envolver mi correspondencia durante un tiempo. Todo puede suceder; mis papeles pueden ser confiscados o perderse en el correo, o mi avance puede verse detenido por

diversos accidentes. En cualquier caso, tengo permiso oficial para viajar y hace buen tiempo.

La anciana abuela me preparó una caja de pasteles de queso dulces (*vatrushki*), Vasily Vasilich me trajo fruta y chocolate, otro amigo me trajo tres docenas de pasteles de col... así se parte siempre hacia el desierto. Nos reunimos en el salón de la abuela para despedirnos. Debo cuidarme de los terremotos, de las serpientes, de llevar mucho dinero encima, de que me piquen los escorpiones, de los tigres, los lobos, los osos, de las experiencias ocultas.

«Es un país místico», dijo G., profesor de matemáticas en la «Real Escuela». «Es probable que tengas aventuras relacionadas con lo oculto; algún enorme cataclismo va a tener lugar este verano. No sé lo que será, pero te aconsejo que atraveses este peligroso país tan rápido como puedas. Siberia es segura, y el norte de Rusia, pero no Asia central, ni, de hecho, Alemania».

El señor había tenido un sueño extraño y, como tenía inquietudes místicas, se aventuró en vagas profecías, que generalmente tomaban la forma de terremotos y cataclismos. Cuando me reuní con él en el otoño siguiente a mi viaje, la Gran Guerra con Alemania había estallado, y me sentí inclinado a darle crédito por una profecía verdadera; pero, con honesta obstinación, seguía imaginando terremotos y cataclismos, y no creía que la conflagración europea fuera el cumplimiento de su sueño.

Otra amiga está encantada con la idea de que voy a Bujará, ¿y no le llevaré a casa un pañuelo de seda de los grandes bazares? A otro le conmueve el sueño que estoy cumpliendo. Para él, Asia central es un país de hadas, y las montañas de Tian Shan no son montañas reales, sino montañas de un libro de leyendas.

Por fin exclama la anciana abuela:

—¡Sentaos todos!

Nos sentamos y guardamos silencio durante unos momentos, luego nos levantamos, nos volvemos hacia el icono religioso y nos persignamos. La abuela me marca con la señal de la cruz y me bendice, rezando para que pueda hacer mi viaje y volver sano y salvo, que no me sobrevenga ningún mal y que tenga éxito. Luego me dirijo a cada uno de los presentes y les digo «Adiós». Vera, sin embargo, me mira de tal manera que estoy seguro de que quiere decir que siente que nunca volveré. Así que me veo obligado a preguntarme: ¿No es esta despedida un adiós definitivo? ¿No ve esta rusa algo que me va a suceder? Pero ella ha sido muy amable conmigo, y justo en el momento de la despedida me pone en la mano una hermosa copia del icono, y yo la fijo en el interior de la cubierta rígida de mi mapa.

El tren procedente de Vladikavkaz deambula por la vertiente norte del Cáucaso, incapaz de encontrar un paso sobre las montañas. Hasta donde alcanza la vista, las praderas están amarillentas de niscalos. De vez en cuando, una torre de perforación indica que se está en la región petrolífera y, al cabo de una hora aproximadamente, el tren entra en la estación pavimentada que marca el cansancio y el barro de Grozni, capital de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso Norte. Una bocanada de aire salado en Petrovsk*, unas horas más tarde, y uno se da cuenta de que ha llegado a la costa del Caspio. Durante toda la noche, el tren avanza hacia Bakú, contento, por así decirlo, de girar por fin hacia el sur y rodear el Cáucaso que no puede cruzar. En Bakú hago transbordo y cojo el vapor que cruza el mar Caspio hasta

* Majachkalá.

Krasnovodsk*, en las estepas saladas, pero tengo que esperar un día entero en la ciudad.

Por lo general, se viene a Bakú para ganar dinero. Cuando hace viento, las nubes de arena te ciegan; en verano, el olor a queroseno te sofoca. Es una ciudad comercial sin glamour. Aunque cuenta con varios millonarios y un nombre importante en todos los periódicos financieros del mundo, no tiene obras públicas, nada en virtud de lo cual pueda erigirse en una ciudad occidental. Los obreros están muy mal pagados, es decir, según nuestros estándares occidentales, y no obtienen las pocas ventajas de la civilización industrial que deberían compensar la vida monótona y la salud perdidas. Las clases trabajadoras de la ciudad están en constante efervescencia, y las huelgas se repiten incluso en tiempos de guerra. Bakú, de nuevo, es uno de los últimos refugios del tranvía de caballos y de la farola de queroseno. La ciudad sólo tiene encanto en el barrio oriental. Allí se pueden ver hileras de camellos subiendo por las empinadas calles, con alforjas en sus desgastados y peludos lomos, persas en cuclillas entre las alforjas, balanceándose alegremente arriba y abajo con el movimiento de la bestia. También se puede ver cómo los camellos se arrodillan para ser cargados, lloran suplicantes cuando les colocan las pesadas cargas, se levantan de nuevo con las patas traseras primero y se unen al grupo de camellos que ya están cargados.

El gran centro de compras, o bazar, es totalmente oriental, e incluso más característico que en Rusia propiamente dicha. Siento cómo el bazar y sus costumbres llegaron a Rusia desde Oriente. Cuando uno va de puesto en puesto, se ve asediado por porteadores con cestas vacías, que quieren ser contratados para caminar detrás de uno y llevar las compras

* Turkmenbashi.

a medida que uno las hace. Personajes de *Las mil y una noches*; y, sin embargo, en las calles de Varsovia y Kiev, y de muchas otras ciudades, esos hombres con sombreros rojos e insignias de latón, que se sientan en el bordillo o en los umbrales de las puertas esperando a que los transeúntes los contraten, son en realidad los descendientes occidentales en línea directa del quinto hermano del sastre; creo que era el quinto hermano el que era portero.

En el puerto, en el muelle donde espera mi barco, veo trabajar a los estibadores persas. Son verdaderos esclavos, trabajan doce horas al día por sesenta kopeks. Llevan a la espalda alforjas rellenas de paja, como las que ensillan a los camellos, y el ritmo de sus movimientos mientras avanzan con sus cargas desde el almacén hasta el barco es el de la esclavitud. El nombre de esclavitud ha desaparecido, pero el hecho permanece. Aun así, el europeo no despierta compasión. Los persas son los camellos humanos, los que más trabajan de todos los pueblos de Oriente, y los menos descontentos. Gritan, lloran y exclaman todo el tiempo mientras trabajan. Oriente es un esclavo de Occidente, pero sigue sin estar muy influido por Occidente. No son ellos los que provocan las huelgas.

Justo antes de que mi barco zarpe, llega otro desde Lankaran, y de él baja un grupo de hombres persas con bolsas de alfombras colgadas al hombro, sus mujeres con velos negros, capas de muchos colores y pantalones anchos de algodón, y sus hijos con ollas de barro. Más mano de obra disponible en los muelles, más hogares ocupados en las casitas que salpican la media luna de catorce kilómetros de la montañosa ciudad de Bakú.

El barco zarpó al anochecer. Era el *Skóbelev*, un hermoso vapor construido en 1902, en Amberes. Debió de haber sido

traído al Caspio a través de las vías fluviales de Europa; un oficial a bordo aventuró la opinión de que fue traído a Bakú en partes y armado allí. Sin embargo, era un barco agradable, muy superior, por ejemplo, a los vapores lacustres norteamericanos. Había muy pocos pasajeros, y éstos se acostaron a dormir enseguida, temiendo la tormenta que soplabá, así que me quedé solo en cubierta y observé la orilla que se alejaba. Al partir de Europa hacia América, uno se sienta en la proa y mira hacia delante, sobre el océano; al menos, no se sienta a ver cómo desaparece la costa irlandesa. Pero al dejar Europa de camino a Asia, te sientas en la popa y la observas hasta el final. Las luces en retirada de Bakú son las luces de Europa.

La noche es muy oscura y sin estrellas, por lo que es maravilloso contemplar el semicírculo de catorce kilómetros de luces; las hermosas farolas del muelle, las luces de la explanada, de los tres teatros de variedades, de los cines y tiendas, los miles de destellos de los hogares en la ladera de la montaña. Este es el verdadero comienzo de mi viaje, y es muy emocionante; es bueno sentarse de cara al viento y sentir el movimiento del mar; es bueno observar los numerosos faros que se vuelven rojos, luego verdes, en la noche, y pasar a menos de diez metros de una pequeña lámpara, justo sobre la superficie del mar, que alternativamente se apaga y estalla en brillo cada treinta segundos. La lámpara parece decir: «Hay peligro... hay peligro», y susurra una alegre inteligencia al corazón.

Hay problemas en el agua al llegar a mar abierto, y el barco empieza a balancearse, pero sigue siendo agradable en la cubierta superior, y el viento fuerte es cálido.

Las luces de Bakú y de Europa se han ido borrando poco a poco. Las primeras en desaparecer fueron las chispas de las

casas de la ladera de la montaña, luego las luces de la explanada; quedan las ocho grandes farolas del muelle, y una a una van desapareciendo hasta que sólo queda la gran luz intermitente verde amarillenta que indica a los barcos que llegan al puerto dónde está Bakú. Por fin desaparece y empieza a llover a cántaros. Así que me voy a dormir a mi camarote.

A la mañana siguiente, el verde y ancho mar estaba iluminado por el sol y salpicado de crestas blancas de olas circulantes. Mirando por un ojo de buey, vi la resplandeciente luz de la mañana brillar sobre las montañas grises y de aspecto accidental de Asia. El barco llegaba a Krasnovodsk.